



EL CULTIVO DEL COMPROMISO

Salvador María Lozada*

Había antes, sobre todo después de la segunda guerra mundial y hasta el comienzo de los años ochenta, una cultura del compromiso político social. Era una motivante esperanza colectiva que movilizaba la actitud y la conducta de muchos en pos de un destino común. La nutrían factores convergentes. Por un lado, en parte, el efecto de una utopía (con más rigor helénico, una ucronía) sobre la emergencia de una otra sociedad posible, más justa y liberadora, lo cual requería un rechazo tajante y raigal de las estructuras del presente de entonces, vividas como opresivas e inicuas. No se trataba sólo de la consecuencia de la ideología más notoriamente desafiante del *statu quo* socio económico. También los cristianos aportaban lo suyo. Basta recordar la Encíclica *Pacem in Terris* de Juan XXIII y la *Populorum Progressio* del Papa Paulo VI con su llamamiento a una urgente, audaz y radical modificación de las estructuras, y por supuesto la Teología de la Liberación, que acentuaba la responsabilidad social militante de los católicos. Por otro lado, se había ido produciendo una toma de conciencia, agudizada al calor de los diversos existencialismos, acerca del estar el ser humano siempre eligiendo, y que el no elegir era también una elección, pero omisiva y falsamente neutral, frecuentemente encubridora de una complicidad por inacción. De allí el imperativo propuesto: una opción lucida de corresponsabilidad en la suerte del mundo.

Espiritualidad y narcisismo

Todo esto se fue deshaciendo y disipando en el último cuarto de siglo. Otra postura se fue imponiendo, a caballo de conformismos, miedos y cobardías. Empezó a ser el tiempo de la busca de sí mismo, del repliegue individualista, de la concentración en una espiritualidad, sospechosamente más “espiritual”, desentendida de las desdichas estructurales y modificables de este mundo. Algo que hubiera sorprendido malamente a Henri Bergson. El filósofo, tal vez el más perdurable de los franceses en el XX, enseñaba en *Les Deux Sources de la Morale et de la Religion* que los místicos eran la expresión cumbre de la humanidad, la culminación de la condición humana, “*Krone des Lebens*”, para decirlo con palabras de Goethe. Y que los contemplativos tan pronto salían de la visión mística se lanzaban a la acción, a la comunicación, a modos activos de cambiar el mundo. No escapaban a esconderse en sí mismos. Conviene releer a Bergson, en el formidable capítulo tercero, “La Religion Dynamique”, de ese libro fundamental.

En niveles más crasos, la satisfacción y el bienestar en los países centrales, y en las clases acomodadas del Tercer Mundo, engendró el consumismo a ultranza. Muy junto a él apareció *La Cultura del Narcisismo*, espléndidamente retratada en un libro paradigmático de Christopher Lasch con ese preciso título, poco difundido en nuestro medio, mayoritariamente afectado a los best sellers, a la literatura “zapping” -fracciones breves y anecdóticas- hija de la descerebración televisiva, y a una pseudo transgresión muy “politically correct”. Porque la política, dominada por la economía, como lo había previsto Spengler, invertía (apostaba, según el malhadado cliché periodístico de estos días desafortunados para la lengua) en la Industria del Entretenimiento, que la clase mediática y partidocrática no suele vacilar a veces en llamar, con gozosa impunidad, “cultura”, lo cual también forma parte del cuadro de la época.

Fue el tiempo del auto aprecio, del “sentirse bien”, de los libros de autoayuda, de los psicologismos más o menos complacientes, que entre los argentinos han abundado y abrumado hasta el hartazgo. La inteligente periodista norteamericana Alma Guillermoprieto, al elogiar a la autora de un libro sobre Evita, lamentaba hace algunos años el “*irritating Argentine penchant for psychobubble*”, es decir la irritante inclinación argentina hacia la tonta cháchara psicologista (1).

El mundo después de Seattle

Hacia el fin del siglo ese reflujo histórico comenzó a ser reemplazado por un flujo restaurador. A lo largo de los años finiseculares y al comienzo del siglo se fue insinuando una vuelta a la disposición colectiva para una acción mancomunada. Se ha hecho ver, principalmente, como respuesta a las diferencias socio-económicas, crecientemente abismales, entre países ricos y pobres, y entre ricos y pobres en todas las sociedades. Una distribución perversa de la riqueza se ha ido expandiendo por efecto de la mundialización económica sobre todas las sociedades creando reducidas plutocracias e ingentes masas de excluidos. Es el nuevo tema de nuestro tiempo. Y Seattle parece ser el símbolo de esta fractura escandalosa. Los sorprendentes incidentes en esa próspera ciudad del noroeste de los EEUU serán tal vez, para el historiador, el hito externo del cambio de actitud. Un cambio hacia el compromiso para luchar contra esas disparidades inicuas se empezaba, en efecto, a advertir en estos años.

Convergentemente un libro notable de Guy Coq, *Dis-moi ton esperance* (Paris, 1999, Editions du Seuil), vastamente leído en Francia, tematiza explícitamente la vuelta a la cultura del compromiso en un largo capítulo (“L’esperance et l’engagement”). Porque lo peor no es fatal, cabe esperar, nos dice. Porque lo peor puede ser evitado, es urgente pasar a la acción, y comprometer a otros en lo mismo. No se trata de pesimismo, porque no se afirma que lo peor sea seguro; no se trata de optimismo, porque se rehúsa a creer que lo mejor vendrá mecánicamente. Se trata de confiar activamente en lo posible. La esperanza colectiva consiste en pensar que el estado presente de cosas no es ni definitivo ni él sólo posible. A través de la acción se develan otras posibilidades. El tiempo es el ámbito de la creación de lo posible. Junto a esto, Coq propone una utopía negativa que precave contra la creencia en un poder total en la historia, contra las hegemonías impuestas, desmitificando las ideas del “poder bueno”, ignorando “el fin de la historia”, y dejando a los siglos futuros inventar la suya. Sabedora del riesgo de lo peor, pero no de su fatalidad, incita al ejercicio de una crítica sin concesiones frente al presente, frente a los personajes y las fuerzas que pretenden dominar el futuro según sus meros ambición e interés. La esperanza de un mundo mejor impide sacralizar el presente. Como dice una consigna de ATTAC, hay que “reapropiarse del porvenir”, ese futuro que los aprovechadores del “fin de la historia” se empeñan en escamotearnos.

Este autor formula algunos consejos o advertencias sobre cómo debiera operar la actitud comprometida en el nuevo tiempo. A ellos quisiera yo agregar unos más. Desde que el compromiso difícilmente puede evitar lo político, y en muchos casos lo incluye explícitamente, es decisivo aislar y distinguir la noble materia del bien común, por un lado, y por el otro la clase política, los políticos profesionales, su inverecundia, su grosero oportunismo, su propensión al enriquecimiento, su frivolidad, su inclinación por lo ilegítimo.

De ahí la importancia de hacer avanzar las formas semidirectas de democracia (el plesbicio, el referendum, las diversas consultas, y la revocación popular) que permiten prescindir de la intermediación, tantas veces tortuosa, del político profesional, y de sus aprendices y aspirantes a tales. Y también la acción de las organizaciones no gubernamentales (ONG) que constituyen unos adecuados instrumentos para influir en la política, en el sentido del bien común, sin tener que recurrir a la clase política y a su satisfecho parasitismo.

Communicare militare est

Análogamente, la movilización de las voluntades y de las inteligencias tiene en nuestros días un apoyo fecundo en la comunicación electrónica. De hecho opera tanto en campañas circunstanciadas, como, en su momento, el esfuerzo, finalmente frustrado por la complicidad británica, de la opinión pública mundial para lograr la extradición de Pinochet hacia los países europeos que justificadamente lo reclamaban con insistencia. Y como en movimientos de más sostenido aliento y efecto, como es el

caso de ATTAC. Se trata de la Asociación para una Tasa a las Transacciones Financieras Especulativas para Ayuda a los Ciudadanos. Postula que el siglo recién terminado ha desarrollado la base productiva y tecnológica a un nivel tal que permitiría la erradicación de la pobreza y la satisfacción de las necesidades básicas de las poblaciones del mundo.

Recuerda, sin embargo que, nunca como hoy se ha puesto en riesgo el futuro de la especie y del planeta. Las políticas neoliberales han promovido al extremo el predominio del capital financiero, a punto que en unos pocos días de transacciones de ese carácter se mueven tantos fondos como en años de comercio de bienes y servicios. Se trata de un sistema irracional desde el ángulo productivo que amenaza la estabilidad económica y política de los países periféricos y engendra interminables crisis y ajustes reductores de los niveles de vida de los pueblos, especialmente de los sectores más vulnerables, de la vasta mayoría de los pobres, a la que se junta hoy la de los empobrecidos. ATTAC se ha constituido como una red internacional que, con arreglo a la idea del Premio Nobel de Economía, James Tobin, promueve un impuesto a las transacciones financieras especulativas cuya recaudación se debiera aplicar a programas de desarrollo económico y social. ATTAC de la Argentina (<http://attac.org/listes.htm>) forma parte de esa iniciativa y trabaja para difundir las informaciones y promover las acciones de denuncia sobre los efectos de la globalización y del endeudamiento externo. Lo mismo cabe decir de la campaña mundial contra los abusos de las políticas financieras y la deuda externa que agobian a los países del tercer mundo, calificación ésta sugestivamente cambiada por la de “países emergentes”, destañada de las necesarias coloraciones valorativas.

Así, en este comienzo de siglo, hay nuevas causas para la acción colectiva y nuevos modos de ejercerla. Un creciente cultivo del compromiso puede contribuir también a una vida pública menos superficial, más independiente del circo mediático, más genuina, con mayor lugar para la justicia y el desarrollo humano integral.

* Abogado, Doctor en Derecho, Presidente del Instituto Argentino para el Desarrollo Económico (I.A.D.E.). (Ver más en nuestro link de Autores).

Notas:

(1) Alma Guillermoprieto, *The Real Eva Peron*, The New Yorker, Dec.2,1996, pág. 98.